

## CURIOSIDADES EN NUESTRA CABALLERÍA (Oficiales que dejaron su marca)

Coronel (R) Alberto Américo Lucchesi

Los que ya alcanzamos *cuarteles de invierno* solemos tener un sitio de gratitud para oficiales del Arma que nos dejaron su marca durante la carrera militar. Preservo a varios en ese pedestal, pero sólo dos, por su paso fugaz en aquellos años y estilo muy singular, califican para que los encuadre como **curiosidades**. Con el primero ni siquiera crucé una palabra (¡Cómo me hubiera gustado!) y, con el segundo, estuve destinado menos de tres meses, pero ¡qué meses! Muchos años después de haberme retirado, repasando antiguas publicaciones de la Comisión del Arma, volví a dar con los rastros de estos extintos oficiales en un riguroso trabajo del Mayor (R) Edgardo Bertone dedicado a enaltecer a los **escritores de Caballería que hicieron mayores aportes a la Biblioteca del Oficial**. Este reencuentro no fue para dejarlo pasar.

Decía un viejo adagio: *si quieres que tus muertos vivan ¡Nómbralos!* Eso es lo que pretendo hacer con esta humilde rememoración.

### CORONEL MARTÍN SUÁREZ

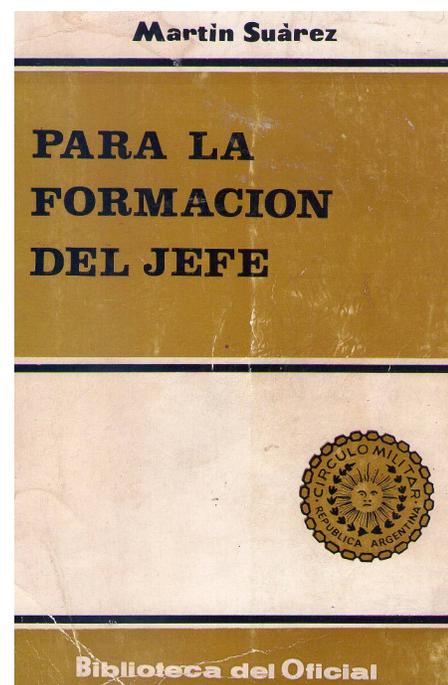
**Rasgo distintivo:** Poseía la aureola patriarcal del soldado sabio, la que complementaba con modestia, el tono grave de su voz y el hablar pausado. Sus conceptos, militares y de vida, no dejaban duda que era un soldado y un hombre diferente, un sembrador de valores.

Lo conocí en el Colegio Militar de la Nación, desempeñándose como profesor de 1er Año de Historia Militar, cuando su voluminoso y soberbio “Atlas Histórico Militar” era *almohada de conocimiento* de todos los cadetes. Años más tarde, con la lectura de su libro “**Para la Formación del Jefe**”, lo que había comenzado con el interés por escucharlo y estudiarlo, se transformó en una admiración profunda y fidelidad incondicional de pensamiento. No hubo actitud, clase o instrucción de cuadros en que aquel **maestro militar** no me haya acompañado. Es que, al tiempo en que apelaba a su obra inspiradora, procuraba contar con su espaldarazo ético e intelectual.

Para que el lector comprenda el sentido de lo dicho me valdré de un solo ejemplo.

#### -La franqueza.

La franqueza, como reza en innumerables experiencias militares, puede llegar a ser tan valiosa como el fundamento de una opinión. En nuestro país ¡Cuántas tragedias, penurias, daños, errores y humillaciones institucionales pudieron haberse evitado con oficiales educados en la franqueza y firmes a la hora de expresarla! ¡Cuántas! Lejos de lo que podría suponerse, los principios sagrados de autoridad y de disciplina



no se mellan con una opinión distinta, bien fundada y oportuna; al contrario, los superiores que estimularon la franqueza de sus subordinados fueron más certeros al decidir, se prestigiaron y se beneficiaron con el clima de confianza mutua de su organización. En cuadros educados con esta premisa, difícilmente, **la obsecuencia**, tan ligada a **la cobardía**, podría encontrar resquicios para entronizarse. Para contrarrestar los *tentadores beneficios de la auto humillación* y entronizar **la franqueza**, nunca vi mejor argumento que el que nos dejó el Cnl Martín Suárez con su semblanza sobre “**El adulador**” del libro citado. Según mi todavía venerado profesor, *el adulador “...es, indudablemente, un abyecto personaje, cualquiera sea la medida en que se manifieste su reptante proceder...”* Para no quedarse corto con su desprecio remitía al lector al satírico español del S XVI González Castillejo: *“Si él se mueve, yo me muevo, /Y párome si se para,/ Mírole siempre a la cara/ Para saber su deseo./Es la ley por la que me guío:/Si él se ríe yo me río/ Y nuestro mucho placer / Sin tenerlo./ Lo dicho, sin entenderlo/ Hago que lo entiendo y creo / Y con alegre meneo;/Me regocijo con ello. /Dice, digo; niega, niego; /Quiere, quiero; ruega, ruego / y todo con el consentimiento.”*

## **CORONEL FLORENTINO DÍAZ LOZA**

**Rasgo distintivo:** Poseía la cualidades de los conductores natos. Todo lo hacía simple y con la rapidez del que sabe muy bien lo que quiere, cómo lograrlo y cómo ordenarlo. Esa ejecutividad cotidiana que lo caracterizaba fue también preconizada hasta en sus escritos, como lo evidencia el título del primer capítulo de su libro “Reflexiones sobre las orientaciones doctrinarias de las Fuerzas Blindadas: “**La rapidez** es la esencia de la guerra”

### **-La rapidez**

Cuando asumí como jefe del Regimiento 2 de Tiradores de Caballería Blindada en Olavarría, ya me había salido el pase a la escuela de Equitación, pero no debía permanecer en la Unidad un par de meses más, hasta la iniciación del curso. El nuevo jefe había llegado con aureola de *gran conductor de blindados* gracias a su libro “Temas Tácticos de Blindados”, una “joyita” muy codiciada por los oficiales de Caballería. Finalizados los brindis y los saludos propios de fin de año (pases, licencias y fiestas navideñas), el Tcnl Díaz Loza me ordenó que, sin entregar la Sección Comunicaciones (ya lo estaba haciendo), me hiciese cargo de la Ayudantía y de las responsabilidades de Oficial de Personal. Dos horas después, en su despacho, recibí su segunda orden: “Lucchesi, tiene 48 horas para regresar de la Capital Federal con media docena de juegos de las siguientes **cartas topográficas**....Al regresar, también me ve con una red de comunicaciones que permita comunicarme hasta nivel sección inclusive,... un ejemplar para cada correspondiente,” Transcurrido el plazo y después de la formación matutina, me le presenté cargado de cartas y de infinitas copias de redes de comunicaciones, hechas a mano y carbónico. Aquel Jefe singular, sin mediar palabra y con la velocidad que lo caracterizaba, en un instante volcó sobre su juego cartográfico más de medio centenar de círculos numerados. A renglón seguido, me dio un par de horas para que los copiase en las treinta cartas restantes y las distribuyese personalmente junto con las redes de comunicaciones. Al presentármelo, después de haber *deambulado* tratando de encontrar los distintos responsables de la Plana Mayor y de los escuadrones, me dio apenas una hora para traerle su M 113 con el personal asignado por rol de combate y activar la red de

comunicaciones con los distintos corresponsales “en escucha”, en sus parques, montados en sus vehículos y a la espera de órdenes. Cualquiera que haya vivido una experiencia similar podrá imaginar lo que fue ese pandemónium y mis pulsaciones de teniente. No era para menos, en un santiamén quedé a merced de la andanada de órdenes de mi impetuoso Jefe, en “período de receso”, con oficiales de pase o licenciados, en plena entrega y redistribución de cargos y con radios vehiculares enemistadas con sus operadores (no se sabía por culpa de quien). De más está decir que, al ser el único interlocutor del JR (para mi desgracia el resto de los involucrados no estaban visibles ni daban *señales radiales de vida*), aquel momento me resultó interminable y un tormento. Por la tarde ordenó una reunión de todos los oficiales. Después de una *filípica cordial* (nunca fue desconsiderado) volvió a sorprender a todos impartiendo la misma orden. Aquella vez fuimos varios los apresurados. Cuando, por fin y con grandes dificultades, la red funcionó, ordenó a cada corresponsal una misión diferente e insospechada: “Águila, reunión 500 metros al sur de 5”, “Perro



seguridad hacia el oeste entre 6 y 10”, “Boa Pto. Socorro en 9”, “Gato alcance 30, protección...” Cada aludido, con los cuadros que le dependían, una vez cumplida la orden debía esperar al JR en el lugar alcanzado para explicarle su situación, ser corregido y cumplir otra misión. Los días que sucedieron fueron similares. En las primeras ejercitaciones, por **falencias en la lectura e interpretación de la cartografía**, pocos lograron desempeñarse **rápido y con acierto**. Al mes, después de varias repeticiones (mínimo tres por semana) y de ejercitarse en numerosas operaciones

tácticas, los jefes de fracción, sin importar su jerarquía, se desenvolvían **pronto y bien**. A medida que transcurrían las semanas le fui encontrando beneficios a la proximidad con el “ojo de la tormenta”. Como testigo privilegiado de infinitas experiencias ajenas el aprendizaje recibido era por demás fecundo. Por otra parte mi rol se había apaciguado, merced a la mayor idoneidad en mi cargo y porque aquel ROMMEL CRIOLLO, estaba suficientemente absorbido “disparando” órdenes directas a numerosos corresponsales (entre los que se encontraba el conductor del M 113) y manteniendo la dinámica propia de sus ejercitaciones, actividad que cumplía carta en mano y con su habitual ayuda memoria (un papelito de un cuarto de carilla)

He tenido la fortuna de tener grandes jefes, pero nadie más apto para “conducir el huracán de la Caballería”

## DE LA MANO DE LOS QUE DEJARON SU MARCA

Aquellos dos **señores coroneles** fueron mi fuente inspiradora en las instancias trascendentes de la carrera, particularmente durante los años en que me desempeñé como profesor de Táctica en la Escuela Superior de Guerra ¿Cómo? Desde el primer contacto dejaba a mis alumnos la responsabilidad de estudiar los reglamentos; a cambio, me comprometía en ejercitarlos ininterrumpidamente en el asesoramiento e

impartición de órdenes, sea cual fuere la situación que se les presentase. Terminado aquel introito, en el que no podía faltar **“La franqueza”** extraída del libro **“Para la formación del Jefe”**, conformaba grupos de cuatro alumnos (uniendo sus pupitres), luego de lo cual asignaba a cada uno las responsabilidades de una plana mayor y un juego de cartas topográficas. Con esta *organización académica operacional* (sólo modificada en las evaluaciones) y luego de distribuir calcos con situaciones sencillas, se pasaba a la acción mediante la formulación de requerimientos. Al término de la primera clase (tres horas cátedra como mínimo) y de varias rotaciones grupales, todos habían escuchado más de un veintena de respuestas, todos había aplicado variadas “habilidades del pensamiento reflexivo”, todos habían expuesto más de una vez. Por supuesto, al son de la **franqueza** y la **dinámica resolutiva** de dos señores coroneles que me dejaron su marca..